



«Ya Nixon anunciaba en una de sus últimas conferencias de prensa la reconversión de la economía de guerra en economía de paz».

y podría ir sirviendo para lo que ya Nixon anunciaba en una de sus últimas conferencias de prensa, la reconversión de la economía de guerra en economía de paz. Y desde un punto de vista de estrategia global sería una forma de presión sobre la URSS, cuya situación con respecto a China no ha mejorado nada en estos últimos tiempos (aunque no está excluido que pueda mejorar en el futuro: más difícil parecía que mejorase su relación con los Estados Unidos).

**P**ARA el esclarecimiento final de las relaciones entre los Estados Unidos y China hay numerosos graves problemas que resolver. Uno de ellos es el de la península Indochina; el otro, el de Formosa. Los Estados Unidos tenderían ahora a preparar en Vietnam un Gobierno neutralista del que pudieran retirar sus tropas, pero no su presencia y su influencia, con una tolerancia de China y de la URSS. Un país que, teóricamente, sería ayudado por todos a reconstruirse. Y quizá a la larga a unificarse con Camboya, con Laos, formando una península «nacionalista» que, según algunos expertos del Departamento de Estado, sería la mejor garantía para la contención de China en esa parte del mundo. En cuanto a Formosa, la solución parece también muy difícil. La idea de las dos Chinas en la ONU (¿cuál de ellas ocuparía el asiento permanente en el Consejo de Seguridad, con derecho a veto?), que parecen favorecer los consejeros de la Casa Blanca, es sistemáticamente rechazada por Formosa y por Pekín, como se rechaza también la idea de una conferencia entre Mao y Chiang Kai Chek para un arreglo final y pacífico de la cuestión (aunque se asegura que aparte del anciano mariscal, muchos personajes de Formosa favorecen la idea de la reunificación, a condición de que se les conserven sus rangos y privilegios). Tampoco los militares más conservadores del Pentágono parecen dispuestos a perder esa enorme fortaleza asiática. La homologación de este problema de «las dos Chinas» a los otros problemas de división de la posguerra —las dos Coreas, los dos Vietnam, las dos Alemanias...— es irrelevante por la desproporción entre la China continental y la China insular.

**N**O son sólo esos los problemas los que se oponen a una coexistencia entre China y los Estados Unidos. Está la inquietud de los Gobiernos —tampón colocados por los Estados Unidos en la zona asiática, y uno de los objetos de Rogers en las conferencias del Centro y la OTASE era el de asegurar a sus aliados que no los abandonará. Ciertamente que no los abandonará, porque nada hay más lejano a los propósitos de Washington que abandonar la zona. Lo que está buscando es otras formas de continuar en ella. Formas menos utópicas y menos onerosas que las de una guerra de invasión.

**E**S posible, desde hace tiempo, imaginar un mundo en que las potencias dominantes sean tres en lugar de dos. Las tendencias en ese sentido no cesan. Se acentúan. Pero pasarán, probablemente, decenios antes de que se consoliden —si es que antes una gran guerra no hace variar todo—, habrá numerosos saltos atrás y adelante. La diplomacia triangular será, naturalmente, mucho más difícil de dirigir y llevar que la bilateral. Pero, prácticamente, estamos ya dentro de ella.

## Mac Namara

y sus tres

sombreros:

la Ford,

el Pentágono,

y el Banco

Mundial

**E**L paso de Robert Mac Namara por España —con su dotación de créditos— no impide que su figura se ofrezca paradigmáticamente para el análisis de las fronteras de una situación que él representa y, a la vez, excede y ejemplifica: la edad de «las relaciones públicas» y de la «managerial revolution». Pasaría bien, en un examen apresurado y de perfil, por lo que ha dado en llamarse el tecnócrata. Sería difícil aceptar, sin embargo, una interpretación tan simplificada. Robert Mac Namara constituye y define mejor al Establecimiento Civil y al Establecimiento Militar en su mayor entronque y el complejo militar-industrial-universitario.

Su llegada al poder parece un accidente. Pero de serlo sería, por tanto, un accidente necesario. Cuando John F. Kennedy tuvo que elegir un ministro de Defensa no tenía nombres. Había decidido, eso sí, que el Pentágono, Hacienda y el Departamento de Estado fueran el «test» histórico, el marco político de la alianza con el Establecimiento. Hacienda sería para el banquero Dillon, republicano —no por eso, por favor—, sino porque una larga tradición existente, es decir, esto que es lo real, revela que la estructura bancaria de los Dillon ofrece al poder, de forma fielmente reproducida a través de los distintos Presidentes, equipos de hombres. Al Departamento de Estado fue Dean Rusk, que procedía de una gran Fundación y, en consecuencia, era un hombre del alto Establecimiento Civil. Para Stevenson se reservó la ONU, es decir, aquel hierro frío, aquel discurso helado de las confusiones que se llamó Bahía de los Cochinos. «No sabía nada». De todo eso murió.

En las conversaciones con el Establecimiento del Este para la formación del Gabinete —para esos puestos clave— un estricto representante de aquél, el banque-

ro Lovett, sugirió el nombre de Robert Mac Namara, y dijo a Kennedy que debía ser considerado o bien para el Tesoro o bien para el Pentágono. «Kennedy, impresionado por la recomendación de Lovett» (página 131 del libro de Arthur Schlesinger «A Thousand Days»), ordenó a su cuñado, Sargent Shriver, que «le echara una ojeada». Robert Mac Namara había sido elegido presidente de la Ford «un día después que Kennedy lo fuera para la Presidencia de los Estados Unidos». No le conocía de nada.

La ojeada, «the look», demostró que Robert Mac Namara era Phi Beta Kappa de la Universidad de California. Lo cierto es que la incorporación al Gabinete del presidente de la Ford —como en la etapa de Eisenhower lo fuera el presidente de la General Motors— facilitaba la integración casi espontánea y, al mismo tiempo radical, de la estructura de las fuerzas políticas y económicas. Secretario de Defensa había sido el presidente de la General Motors, primera sociedad industrial del mundo. Al mismo cargo iría el presidente de la Ford, tercera corporación de los Estados Unidos. Su cifra de ventas en 1970 fue de 14.980 millones de dólares. Casi la mitad de la renta nacional de España.

Durante su estancia en el Pentágono, Mac Namara racionalizó fines y medios, y la cifra presupuestaria de Defensa pasó de 47.383 millones de dólares en 1961 a 80.516 en 1968, esto es, una suma casi dos veces superior a la exportación total de todos los países en vías de desarrollo en aquel año. La guerra de Vietnam —donde se han arrojado en estos años más bombas que en el conjunto total de los teatros de guerra durante la segunda guerra mundial— no explicaría, por sí misma, tan gigantesco balance. Está claro que la carrera armamentista del mundo facilita ese terrible despilfarro. Nada puede impedirnos reflexionar, sin embargo, sobre la etiología profunda del engranaje.

Cuando Mac Namara abandonó el Pentágono —el primer secretario de Defensa de los Estados Unidos fue Forrestal, ex presidente de la financiera Read, del Banco Dillon— pasó al Banco Mundial, poniéndose así, en bien poco tiempo, el tercer sombrero de una misma estructura de poder.

Y en el Banco Mundial ha hecho famosa una máxima de encendido «altruismo» y que, a la letra, dice así: «Cinco dólares dedicados al control de natalidad son más rentables que cien dedicados al desarrollo». Es aquí donde los tres sombreros coinciden. Si se esterilizara al Tercer Mundo radicalmente no se contaría, cierto, con la explosión demográfica y tampoco con la urgente, perentoria y radical necesidad de cambio de unas estructuras abso-

lutamente injustas. Es difícil que el fenómeno revolucionario se contemplara, por consiguiente, con tan perentoria urgencia. Esos cinco dólares son, en sí, un retrato. Marivaux decía que se reconoce el estilo por una sola frase. ■ ENRIQUE RUIZ GARCIA.

## RELIGION

### ¿Los

### «judas»?

RES periódicos tan prudentes en el plano religioso como el milanés «Corriere della Sera», y los franceses «Le Monde» y «Le Figaro», han interpretado el discurso de Jueves Santo pronunciado por Pablo VI como «parangonando con Judas a los sacerdotes que dejan el sacerdocio» (F. de Sanctis), «asimilando a Judas a los clérigos que abandonan el ministerio» (R. Laurentin).

Ahora Alessandrini, el portavoz informativo del Vaticano, pretende arreglar —a destiempo— el impacto tan desfavorable producido por las palabras que se contienen textualmente en ese discurso, intentando mezclar y confundir la intención del Papa con los términos suyos, diciendo: «Pablo VI no tuvo intención de comparar con Judas a los sacerdotes que abandonaron su ministerio». No se trata de dudar de la buena fe de Pablo VI; pero, al mismo tiempo, no debemos dejar de reconocer los fallos que en la dirección de la Iglesia se produzcan. Porque, ¿no es entonces verdad que el Concilio afirmó que la Iglesia «es santa, pero constantemente necesitada de purificación», que «necesita permanente reforma» y que debemos «tener conciencia y combatir con máxima energía... estas deficiencias»?

Entonces, en vez de ocultar lo que es visible y obvio, a juzgar por las reacciones producidas casi unánimemente, entiendo yo que debemos —ante el hecho de la secularización de tanto sacerdote— reformar lo que fue dicho defectuosamente por los que quedamos en la Iglesia —seamos Papa o fiel—, purificar nuestras reacciones demasiado dolidas —sean de Pontífice o de seglar—, y combatir —sin esconder— lo que ha hecho daño al corazón de muchos que, por seguir su conciencia, se sienten directamente aludidos por estas confusas palabras, pronunciadas en Jueves Santo con toda la buena intención del mundo —como dice Alessandrini—, pero con evidente desacierto, a juzgar por las reacciones que —en privado y en público— se han producido en los medios más imparciales para la Iglesia.

Los sacerdotes reunidos en la Asamblea de Ginebra no han querido enviar una carta al Papa —respetuosa, pero sincera— ex-

poniéndole el dolor que sus afirmaciones han producido en muchos. La razón de no enviar esa carta es que han querido limitarse a los temas previstos, evitando otras cuestiones por razonables que les hayan parecido, como es esta, ya que la carta modelo recibió en su primera redacción propuesta los dos tercios de los votos de los sacerdotes reunidos en Ginebra.

Los sacerdotes secularizados no pueden clasificarse —pocos o muchos— de «desgraciados o desertores», ni de estar movidos «por viles motivos terrenos», ni que han caído en «mediocridad moral», ni que han «quebrantado una promesa propia largamente premeditada», porque no son ningunos «hermanos prófugos» en general.

Hasta la Santa Sede aprobó la fundación de un hogar por estos ex sacerdotes, y no podemos nadie atrevernos a juzgar de su interior, porque «de lo íntimo ni la Iglesia juzga», como muy bien dice un adagio canónico hoy todavía en pleno vigor.

Por eso no se trata de salvar la intención del Papa, sino de comprender que su discurso de Jueves Santo —no sabemos por quién redactado— no representa, ni mucho menos, el problema de la crisis de Iglesia, de fe o de vida de tantos y tantos sacerdotes que se han secularizado.

Que cada cual juzgue de las palabras textuales de ese discurso que dice: «Después, entre los personajes de la última cena no podemos olvidar a otro protagonista, Judas. Se oprime el corazón al verle participar en el ágape pascual. Y no podemos sofocar la emoción relejando la narración evangélica y viendo cómo la presencia del traidor pesaba sobre el corazón del Maestro (...). Hermanos, yo no puedo pensar en este trágico drama pascual, sin que también en mi espíritu de obispo y de pastor se asocie el recuerdo del abandono, de la huida de tantos hermanos en el sacerdocio de nuestro Cenáculo de dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor, 4, 1). Lo sé, si; es necesario estudiar caso por caso, es necesario comprender, es necesario compadecer, es necesario perdonar, y acaso es necesario retender, y siempre es necesario amar. Y recordar con amor angustioso que también estos hermanos, aunque sean desgraciados o desertores, están sellados por la impronta indeleble del espíritu, que los califica como sacerdotes eternamente, con independencia de la metamorfosis que ellos, exterior y socialmente, padecen, y muchos reclaman para sí por viles motivos terrenos (...). ¿Cómo no llorar la deserción consiente de algunos; cómo no deplorar la mediocridad moral que desearía encontrar natural y lógico quebrantar una promesa propia, largamente premeditada y solemnemente profesada ante Cristo y ante la Iglesia? ¿Cómo no rezar en esta tarde por estos hermanos prófugos y por las comunidades que han dejado escandalizadas?...».

Lo escrito, escrito está. ■ E. M. M.

# La Capilla siXtina

## LA FACTURA

Las declaraciones en Madrid de mister Stans, secretario de Comercio de USA, revelan una vez más la insuficiencia de servicios de la Interpol. Que yo sepa ningún departamento de esta organización de policía internacional se aplica a la represión del chantaje internacional o inter-estatal. No ha faltado la tesis de que mister Stans tuvo un «lapsus» al expresar el principio de que el Gobierno español debería elegir entre el Mercado Común o las preferencias económicas norteamericanas. Pero ya hay más de cincuenta años de tradición cultural freudiana para conocer la significación del «lapsus» como expresión incontinente de lo que llevábamos reprimidos por la coacción de lo que «no debe decirse».

El «lapsus» de mister Stans debe responder, pues, a la verdadera conciencia de la Administración Nixon en lo que se refiere a las relaciones con España. Si bien hace ya bastantes siglos que en Flandes se puso el sol y más de cuarenta años que el río de las inversiones norteamericanas empezó a tener cauces propios dentro de la geografía hispana, nunca nadie se había atrevido a pasar factura con los modales de mister Stans. Algo ha debido ocurrir para que este Gary Cooper de la economía americana empiece a jugar con la pistola en la calle mayor del poblado del Oeste. Desde hace algunas semanas la revista «Actualidad Económica» venía quejándose oficiosamente del insuficiente caso que los americanos estaban haciendo a las reclamaciones del Gobierno español. Se pedían mejores tratos en el juego comercial y más inversiones, más y mejores inversiones.

Ahora mister Stans lanza su auténtico desafío norteamericano y alguna clave política debe tener el asunto. He recurrido a los espahólogos de más postín y me han hablado de las antipatías instintivas que se suscitan entre pueblos con una talla media de 1,80 (USA) y pueblos de talla media 1,65 (España). Otros espahólogos atribuyen la actitud de mister Stans a un elemental sadismo aberrante que pone en práctica cuando visita países pendientes de facturación. Me ha parecido todo tan poco científico que he recurrido a una pitonisa de la calle Vallehermoso. Tras el consiguiente trance y las intangibles caricias sobre la bola, Madame Caminalis me ha dicho que la bola devolvía una y otra vez el rostro de un ilustre notario del Colegio de Madrid. ¿Qué

tendrá que ver mister Stans con el ilustre notario? La pitonisa es una licenciada en Ciencias Políticas y Derecho que no ejerce por la ola de desempleo cultural que se está extendiendo por todo el país. Se ha sacado, pues, el turbante, ha arrinconado la bola y, como en las novelas victorianas de fin de siglo, me ha revelado todo el intríngulis.

—En estos momentos un fundamental problema público español es la oposición entre una burguesía pan-europeísta, que desearía unas fórmulas políticas democráticas, y una burguesía autoritaria e inmovilista que sólo puede tener un aliado en el mundo de hoy: los Estados Unidos de América.

—Sigo sin ver la relación con el señor notario.

—Elemental, querido Watson. La cosa está muy embrollada y nadie sabe todavía cuál va a ser el único camino. Mientras tanto, para que esa burguesía pan-europeísta, pro-democrática y todo lo demás no pase la factura y, sobre todo, no se planteen sueños de alianza coyuntural con otros sectores sociales, aparece el ilustre notario, duro, amenazador. Es un viejo recurso en las relaciones humanas. Es como si a una persona a la que no le caemos bien le dijéramos: «Usted me cree que yo soy un pesado, que le estoy fastidiando, que no le dejo hacer nada. Muy bien. Pues le advierto que si yo me voy vendrá otro que aún le dejará hacer menos cosas y entonces sabrá usted lo que es bueno».

—El papel del señor notario empleo a entenderlo. Pero el del señor Stans síigo sin verlo.

—Pues es muy parecido. Reflexione conmigo a partir de la misma parábola: «Ustedes nos están poniendo nerviosos con sus exigencias de apertura, liberalidad, europeísmo, desarrollo político, etcétera, etcétera. Ustedes se creen que acercarnos a Europa significa que en lugar de ir a ver cine a Pau, Perpignan o Ceret, podrán verlo en la Gran Vía o en el paseo de Gracia. Ustedes se creen que acercarnos a Europa quiere decir partidos políticos, etcétera, etcétera. Y ustedes, finalmente, se creen que no tenemos más opción que acercarnos a Europa. Pues, no señor, no señor. Nos quedamos con los Estados Unidos y en paz».

—Pero una elección inmovilista a nivel universal significaría que también entonces el señor notario pasaría factura. La cosa no es tan sencilla.

—Esta es la cuestión.

## SIXTO CAMARA